

La familia de los discípulos de Jesús: atraídos por la novedad del Reinado de Dios

Alberto Toutin ssc
Superior General

INFO SSCC Hermanos No 134 -4 de julio 2019



Momentos compartidos en familia. A la izquierda profesión perpetua de Fabián Cifuentes ssc en enero de este año en Bogotá (Colombia). A la derecha, Santi González ssc el día de su profesión en agosto de 2018 en El Escorial (España).



Jesús, el anunciador del Reinado de Dios, ha querido constituir una nueva forma de vivir juntos. Para ello, uno de sus primeros gestos ha sido el llamar a su seguimiento a discípulos, hombres y mujeres. La calidad de su persona y la urgencia de su llamado se imponen inmediatamente. El proyecto de este grupo no es otro que seguir a Jesús, aprender de él, verlo actuar frente a personas tan diversas, conocer mejor su corazón y sus criterios. A los que quieran seguirlo. Jesús les pide participar en su vida itinerante, ligeros de equipaje para poner así su seguridad en el amor providente de Dios y en la bondad de las personas que encontrarán. Les pide también dejar sus familias y la seguridad afectiva y, a veces patrimonial, que se encuentra asociada a ella. Es lo que responde Jesús a uno de sus discípulos que desea ir a despedirse de los de su casa. "Ninguno que pone la mano en el arado y vuelve la mirada atrás es apto para el reino de Dios" (Lc 9, 62) o incluso responde a otro que desea ir a sepultar a su padre. "Deja que los muertos entierren a sus muertos, tú en cambio, ve y anuncia el Reino de Dios" (Lc 9,60). Tal radicalidad puede herir nuestra sensibilidad y llevarnos a preguntar si es razonable tal exigencia.

Nuestra reacción, por legítima que sea, no puede quedarse allí, pues la ambición de Jesús y del anuncio de su Reino va más allá. Quiere fundar con sus discípulos una nueva familia, constituida no por los vínculos de sangre, sino por la opción de escuchar y poner en práctica la palabra o la voluntad de Dios. De los que hacen esto, Jesús hace sus familiares. Más aún, Jesús quiere que el Dios-Padre al que está unido estrechamente, sea también el Dios-Padre de sus discípulos. Por eso cuando Jesús les enseña a orar y a dirigirse a Dios, les dice que lo hagan comenzando por "Padre nuestro". La raíz última de la nueva familia de Jesús es el amor paterno de Dios, lo que Dios Padre quiere hacer con Él y con sus discípulos.

La ambición de Jesús

Constituir una comunidad de discípulos no era para Jesús algo accesorio o meramente funcional. Todo su empeño era poder verificar con ellos la fuerza de su evangelio para crear nuevos vínculos con Dios y entre los discípulos. Vínculos que subvierten deberes tan sagrados como el dar sepultura al padre y que apuestan por crear entre los discípulos nexos tan fuertes como los de sangre. En el fondo, la comunidad de los discípulos ofrece una concreción y una visibilidad al corazón de mensaje de Jesús: Que el Dios que reina es, ante todo, Padre y quiere amar a todos como a sus hijos e hijas. El grupo de los discípulos y la comunidad cristiana reunida en nombre de Jesús está llamada a ofrecer entonces caminos coherentes y atractivos, por los cuales, muchos otros puedan descubrir la hondura del amor paternal de Dios y de fraternidad entre los que se reconocen sus hijos. Esta ambición de Jesús está llamada a realizarse incluso allí las personas han podido vivir experiencias traumáticas con sus padres, desde la ausencia hasta la excesiva presencia, pasando por toda clase de heridas. Dios, Padre nuestro quiere brillar como tal precisamente en esas heridas y traumas.

“También la fraternidad querida por Jesús entre sus discípulos necesita ser sanada de sus heridas”

También la fraternidad querida por Jesús entre sus discípulos necesita ser sanada de sus heridas. Las heridas que traemos desde nuestras familias: rupturas, enemistades, distancias por problemas de herencia o por diferencia de opiniones y opciones, etc. Y también las heridas que nos hacemos entre nosotros, los hermanos y hermanas en Jesús, cuando nos encerramos en nosotros mismos, nos apegamos

a nuestra imagen, desconfiamos de los demás, o los descalificamos. En el fondo, no dejamos espacio a descubrir la fuerza transformadora del Evangelio y de su capacidad generadora de nuevos vínculos entre nosotros.

La libertad de Jesús y la autoridad que irradiaba su persona brotaban precisamente desde el aceptar la relación de Dios su Padre con él y desde el estar disponible a su querer. El centro de Jesús no era él sino su Padre y su libertad crecía al pertenecerle cada día más. Solo desde aquí se pueden entender sus palabras: “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Jn 14,9) y que buscar y abrazar el querer de Dios para su vida y para el mundo le era tan necesario como el alimento cotidiano: “Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió” (Jn 4,34).

Jesús invita a sanar las relaciones de fraternidad entre los hermanos y hermanas. Primero, a partir de la acogida del perdón que Dios Padre nos ofrece. El perdón que Dios nos ofrece y que acogemos está llamado a repercutir concretamente en la relación con los hermanos y hermanas, con un perdón sin límites. Una tal capacidad de perdón solo es posible si nos centramos como Jesús en el amor que Dios-Padre tiene por nosotros.

Y luego a partir de mirar la calidad de nuestras relaciones de fraternidad, desde el hermano o la hermana herido por mí: “Por tanto, si estás presentando tu ofrenda en el altar, y allí te acuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda allí delante del altar, y ve, reconcílate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda” (Mt 5,23-24).

Un camino para sanar heridas

En este doble descentramiento tanto hacia el amor de Dios Padre como hacia el hermano o hermana que tiene algo contra mí, se nos propone un camino para sanar nuestras heridas, para redescubrir la belleza exigente del Evangelio, para tejer relaciones más ricas entre nosotros. Pero eso pasa por una muerte del individuo, del excesivo apego a lo mío (mis

ideas, mis verdades, mis seguridades) y del creer ingenuamente que soy más libre sin los otros. Salir de nosotros mismos, de nuestros "yo" bien seguros y aceptar que somos más nosotros mismos desde la relación confiada a Dios y a los hermanos y hermanas es un riesgo, cierto. Pero solo quien corre ese riesgo puede descubrir la fuerza de los vínculos que surgen entre los que acogen el Evangelio.

De este riesgo nos habla la decisión de los hermanos de la provincia de África de sepultar a nuestro hermano **Landry** en Mozambique. Su familia sanguínea pedía razonablemente que el cuerpo de Landry fuera repatriado a Kinshasa. Sin embargo, Landry pertenecía también al pueblo mozambicano al que sirvió en los últimos años de su vida. Por la fuerza de los vínculos se habían tejido con él, para las personas que sirvió habría sido una tristeza aún mayor no ser enterrado entre los suyos, entre los que amó y sirvió como pastor en nombre de Jesús.

También es hermoso ver a hermanos y hermanas de Congregación que acompañan en los funerales de parientes y familiares cercanos de hermanos y hermanas de la Congregación. Experimentamos que la familia religiosa se ensancha y que lo que les sucede a las familias de los hermanos y hermanas, nos afecta también a nosotros.

Duele por otra parte cuando hay entre nosotros hermanos y hermanas que no se hablan desde hace años, que están marcados por heridas antiguas, que no hay otra verdad que la de ellos. Sé que dar el paso de salir de sí mismos y de las propias heridas no es fácil, que a veces no se cuenta con las herramientas ni la voluntad de hacerlo... Pero, ¿no sería precisamente esta la ocasión para redescubrir allí la hondura del amor de Dios/Padre con cada uno? ¿No podríamos también allí simplemente preguntarnos si el hermano o hermana con quien no nos hablamos, no tendrán algo contra mí y algo que decirme? A ese hermano y hermana lee diría: "Deja allí tu ofrenda perfecta" y deja que entre la luz (del Evangelio) en la ruptura y atrévete a dar el primer paso hacia el reencuentro con quien es y permanece como, tu hermano y tu hermana. Tal vez allí descubrirás con un nuevo sabor del Evangelio y al que sigue siendo tu hermano, tu hermana.

"Entonces, hermanos y hermanas, como familia de Jesús, pongámonos en camino hoy para reconciliarnos con Dios y con los hermanos y hermanas".

Alberto Toutin ssc
Superior General